

EL CERCO (1)

José Monegal (2)



La carreta llegó al alto. Bajaron de ella una mujer y un niño. Cuatro hombres se apearon de sus caballos. Uno de ellos comenzó a nombrar puntos a medida que los iba señalando:

- Aquella línea es el Arroyo del Medio que hace horqueta con el río Negro. Aquella raya que negrea es la Quebrada Sucia. La Sierra Grande ¿ven?, es el gancho que prende la quebrada con las puntas de aquel monte, que es el de la Cañada de los Aperiases. Todo lo que está dentro es suyo, don Bentos.

Eran las 11 de la mañana y noviembre de un 1880, entre el 40 y el 50. Bentos miraba el maravilloso panorama cuya cúspide era su carreta, con profundo mirar. Dijo:

- Ta' bien don Silveira, Ciriaco, desuñí los bueyes. Negro, engla los caballos. Lino y yo levantaremos la carpa. ¿No quieren hacer noche con nosotros, don Silveira?

- Agradezco. Al atardecer puedo estar en mi casa. Aquí están los títulos.

Y alargó un tubo de latón.

Bentos había sido pedrero allá por el Sur, cerca de La Colonia. De muchacho, con su padre y maestro partió y pulió mucha piedra. Los dos se hicieron de necesidad y fama en aquel pago. Cuando el portugués -viejo ya- murió, Bentos

era hombre de plata. Entonces decidió irse al «centro» donde había campos aún vírgenes, baratos.

Y en un pueblito conoció a don Silveira, haciéndose dueño del campo que le ofreció, de cuadras largas y dinero corto. Y a su campo marchó con su mujer, su hijo, un hermano, un negro que había acompañado, ayer, a su padre y acompañaba, hoy, a él, y un indio que halló de paso haciéndolo su peón. Una carreta cargada hasta el toldo, bueyes de tiro y de repuesto, caballos para montar y arrear, cuatro perros...

Levantó una casa pequeña. Y una noche, en seguida de la cena, dijo:

- Mañana comienzo a tender el cerco. La sierra tiene piedra pa' cien estancias. Lo haré como pa' que nadie lo pase sin mi licencia, a no ser volando. Desde las puntas del arroyo a las puntas de la cañada. Algunas leguas son...

Y así fue. Enyugó los bueyes con el negro Ciriaco y el indio. Y con su hijo marcharon. Rodó la carreta hasta las puntas del Arroyo del Medio. En la casa quedaron su mujer y su hermano -que se decía reumático-. Cada diez días Bentos y su hijo iban allá, pasaban unas horas y volvían al campamento.

El cerco se iba alargando. Ya ondulaba como gigantesca

culebra sobre dos o tres cuchillas. Las piedras bien cortadas y encajadas de la divisa lucían como una pequeña muralla china. El trabajo era de gigantes. (El que narra esto ha visto muchos cercos en los campos de la República, y siempre quedó suspendido, meditando en la potente fuerza y la prodigiosa voluntad de los hombres que los hicieron.)

Donde por días plantaban la carpa, en el saldo de las distancias que iban abatiendo, quedaba clara la señal de los campamentos: el calvero del fogón, el pasto muerto por las huellas de la carreta, la ronda de los caballos a sogas, los agujeros de las estacas... Y el cerco seguía estirándose. Y los hombres no se cansaban, no se agobiaban, ni se angustiaban ante las salidas y puestas del sol que los calcinaba en verano y les negaba calor en el invierno. El viento pasaba, las heladas caían, la luna iluminaba sus noches y la lluvia las inmovilizaba. Pero el sol aparecía siempre, el cielo se hacía intensamente azul y el campo intensamente verde. Y había explosión de flores, los pájaros templaban sus cuerdas y las avispas trabajaban como ellos. El buey Nazareno llevaba un cencerro que sonaba armoniosamente; y con algún relincho de tal caballo, el ladrido de los perros, la mansa palabra de Bentos, las risas estridentes del negro, los rezongos del indio y la voz del niño, cada cual tenía su música. Tomaban mate con misionera entreverada, comían pulpa tapada con farriña, pitaban del negro. La carreta iba y venía, la sierra les iba entregando piedras y el cerco seguía lentamente tragando leguas. A veces, en algún atardecer luminoso Bentos los llevaba hasta algún alto y desde allí contemplaban su obra. Y cada uno sentía su orgullo. Un día el indio murmuró:

- ¡Pucha, no hay hormiga que nos emparde el tesón!

Al finalizar una primavera, luego de un mediodía, Bentos llevó a su hijo, pues había pasado mal la noche. Estuvo un día con él, en la casa, haciéndole tisanas que conocía como buenas, con yuyos de la sierra. Volvió al campamento. Cinco días después el niño apareció una mañana. Llegó en un caballo oscuro, montando en pelo, a medio bozal. Bentos, el negro y el indio estaban cargando piedras.

- Buen día, tata.

- Buen día. ¿Cómo se vino sin mi permiso?

Bentos sintió un amargor en las palabras del niño.

- Ta' bien -dijo-. Monte que ya vamos.

En el campamento, luego del almuerzo, Bentos y su hijo apartaron un poco.

- Dígame, m'hijo ¿por qué se vino?

El niño se sintió absolutamente angustiado por aquella breve pregunta. Amaba a su padre entrañablemente, así como casi desconocía a su madre. En el correr de sus doce años había asistido a la sorda lucha entre su padre -hombre recio y duro, pero justo y bueno- y ella -mujer muy hermosa, más dada a la jarana que al trabajo-. Sin embargo su padre había hecho rectas sus vidas, pues todo él exhalaba autoridad y valor de verdadero hombre...

El niño humilló su cabeza. El hombre lo contempló un momento y presintió la tragedia, su tragedia.

- ¿Por qué se vino, m'hijo?

Las líneas del resotro del niño se hicieron rígidas, ahuyentando la dulzura que en él siempre había. Murmuró:

- Tío Lino se acuesta con mamá...

Bentos no movió ni uno de sus músculos, no sacudió uno de sus nervios. El hijo explotó:

- ¡Me vine de asco, tatal! ¡Me vine de asco...!

Y rompió a llorar. El hombre lo llevó a él y le dijo:

- No llore. Se debe llorar por algo, no por esa porquería. No se aflija.

Esa noche, mientras cenaban frugalmente, Bentos habló:

- Mañana voy al pueblo. Hasta que vuelva no trabajen.

- ¿No me lleva, tata? -preguntó el niño.

- Es un viaje apurao, m'hijo. Espéreme y descanse que después haremos uno bien largo.

Pasaron cuatro días. De tarde llegó Bentos. Dijo:

- Indio, ensebá los ejes. Mañana comenzamos un camino largo. En la madrugada se levantaron. Ensilieron, los perros ladraron alegremente, el indio blandió la picana. Y enderezaron a la casa. A las nueve de la mañana llegaron. Asomaron a la puerta, con el sueño en los ojos, la mujer y el hermano de Bentos, aquel hermano que ayer, con la menguada aprobación de la madre vivió a costas del padre y ahora vivía a costas de Bentos. Este se apeó diciendo a la mujer:

- ¡Saque todo lo mío y de m'hijo pa'juera!

- Pero...

- ¡Todo! ¡Y ligero! ¡Y vos -al hermano- lo vas subiendo a la carreta!

- Pero...

- ¡A la carreta, he dicho!

Lo vieron transfigurado. Los ojos, la boca y la voz, la propia inmovilidad con que expresó todo eso pasó por los espíritus subyugándolos, casi espantándolos. Es que la mujer y el hermano sintieron el peso del delito y el hijo, el negro y el indio, toda la autoridad de un hombre. Moviéndose como fantoches iban y venían la mujer y el hombre...

Entonces ella habló:

- ¿Qué es esto, Bentos?

- Esto -respondió él- es que desde hoy usted no es mi mujer, ni ese bandido mi hermano. Este campo ya no es mío; mañana llega aquí quien lo compró, tendrán que dejar la casa. Váyanse juntos, ya que se han entendido tan bien a mis espaldas. No los mato porque nunca cuerie comadreja coloradas...

Subió a caballo.

- ¡Vamos! -ordenó y punteó el rumbo.

Ni uno de los que partieron volvió el rostro. Al torcer una curva rumbo al Norte, coronando una cuchilla, Bentos sujetó. El indio detuvo los bueyes. Tornaron los caballos siguiendo el movimiento del que los mandaba. Y llevaron su mirada hasta donde él llevó la suya. Allá lejos la serpiente del cerco ondulaba sobre la tierra y se cortaba bruscamente en un bajo. El niño dijo:

- ¡El cerco... qué lástima, tata...!

Bentos habló con palabras altas y claras:

- No se apene, m'hijo. Ya haremos otro. Hay mucha sierra por ahí y mucho campo...

El negro terció:

- Pero hombres como vos muy pocos, Bentos.

La mañana era luminosa, ardiente. La luz del sol vibraba sobre los pastos, en las piedras de la sierra, en los ponachos de las palmas. El azul del cielo era profundo. Toda la tierra cantaba. Pero la mujer y el hombre que habían quedado fuera de la casa, inmóviles y mudos, sintieron la más negra de las desolaciones...

(1) El acceso a un órgano periodístico, suele a menudo ser factor decisivo para el surgimiento de un escritor, para la continuidad de su labor, e incluso para su consagración como tal; ello, tanto por la difusión de la obra, cuanto por el estímulo para su producción. Si la literatura española está llena de ejemplos de este tipo (recordamos el de Larra, y el tan próximo a nosotros de Barret), en el país tenemos algunos inolvidables: desde Javier de Viana -pasando por Wimpi- a este casi increíble José Monegal. Es cierto que de la puntual colaboración hebdomadaria de un autor, por bueno que él sea, en una hoja periodística o en una audición radiofónica, no podrán esperarse cuatro o cinco obras maestras por mes; mas, también es cierto que de esas colaboraciones han surgido incontables obras maestras. Ocurre que sin el aliciente de la publicación y/o la consiguiente remuneración, no todos los escritores quieren o pueden escribir; y como entre nosotros tales oportunidades se han dado muy escasamente, quien logre alguna debe asirse a ella como el naufrago a una tabla. Digámoslo ya: gracias al suplemento dominical del diario El Día, el gran público uruguayo pudo disfrutar durante más de dos décadas, de uno de sus más sabrosos aperitivos (o pastres), de los fines de semana; y la literatura nacional se enriqueció con una treintena de cuantos inolvidables, de los trescientos que escribió José Monegal. (Conste que con este diez por ciento coincidía el propio Monegal, según más de una vez lo

alimos opinar acerca de cuánto generalmente queda, de lo que se escribe por obligación). Como se sabe, en 1958 Monegal publicó una novela, *Memorias de Juan Pedro Camargo*, a la que creemos que no se ha dado la importancia que tiene, tanto literariamente como desde el punto de vista de la filiación del escritor- en la que se condensan todas las características de este singular, y hasta ahora irrepetido narrador que es José Monegal. Allí está, en efecto, el pago cerrolarguense sobre el que se asienta la mayor parte, si no la totalidad de su narrativa, con su desdoblado paisaje y sus respectivas fauna y flora; allí pulula ese mundo zoo-antropomorfo, ya real, ya fantástico que protagoniza sus cuentos, que tanto sabe manejarse con rara habilidad en las más esotéricas reglas del juego fronterizo, como es capaz de dejarse habitar por pasiones totalizadoras ya sea la virtud más acendrada como el más abyecto de los vicios; allí se habla el portuñol, se juega a vida o muerte, se suele ser tan pronto ángel como diablo; allí, finalmente, están contenidos todos los procedimientos, técnicas, claves, recursos, etc., usando los cuales Monegal ha logrado no sólo merecer la complacida lectura de muchos millares de sus compatriotas, sino además, escribir valiosísima obra narrativa.

El cerco, cuento con el que se acompaña esta semblanza del autor, constituye una hermosa plaza literaria, recientemente concebida.

(1) Tomado de: *Cuentos Criollos del Uruguay*
Ed. de la Plaza

(2) Nació en la Ciudad de Melo el 25 de Julio de 1892, y falleció en Montevideo el 28 de octubre de 1968. En su juventud obtiene una beca para estudiar pintura en España; permanece allí durante seis años y luego recorre varios países europeos. Al retornar al Uruguay, se dedica al periodismo que ejerce en el diario *El País*; tiempo después, colabora durante años en el suplemento dominical del diario *El Día*, donde publicó centenares de cuentos ilustrados por él mismo. Uno de los rasgos más característicos de su personalidad, fue su constante afán por la búsqueda de experiencias vitales que le permitieran un mayor contacto con la naturaleza. Escudriñó casi todo el país, visitando los parajes más apartados de nuestra geografía; navegó todo el curso del río Negro en canoa, vivió solo durante un año en las costas de la laguna Merín, etc. Se dedicó además a la guitarra (fue amigo íntimo de Agustín Barrios), y compuso varias obras. Dejó varias pinturas de temas tradicionales. Sus dramas *El jinete blanco* y *El Compuesto de Tristán Lima*, fueron distinguidos con sendos premios del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social (Educación y Cultura).

Obras: *Nichada* (Apuntes de un indio de la selva ecuatorial, 1938), *Vida de Aparicio Saravia* (1942), *Memorias de Juan Pedro Camargo* (novela, 1958), *Esquema de la Historia del Partido Nacional* (1959), *El Jinete Blanco* (teatro, 1961), *El Compuesto de Tristán Lima* (teatro, 1962), *Cuentos* (1966), *Doce Cuentos* (1967), *Cuentos Escogidos* (1967).

LA LLUVIA EN EL URUGUAY

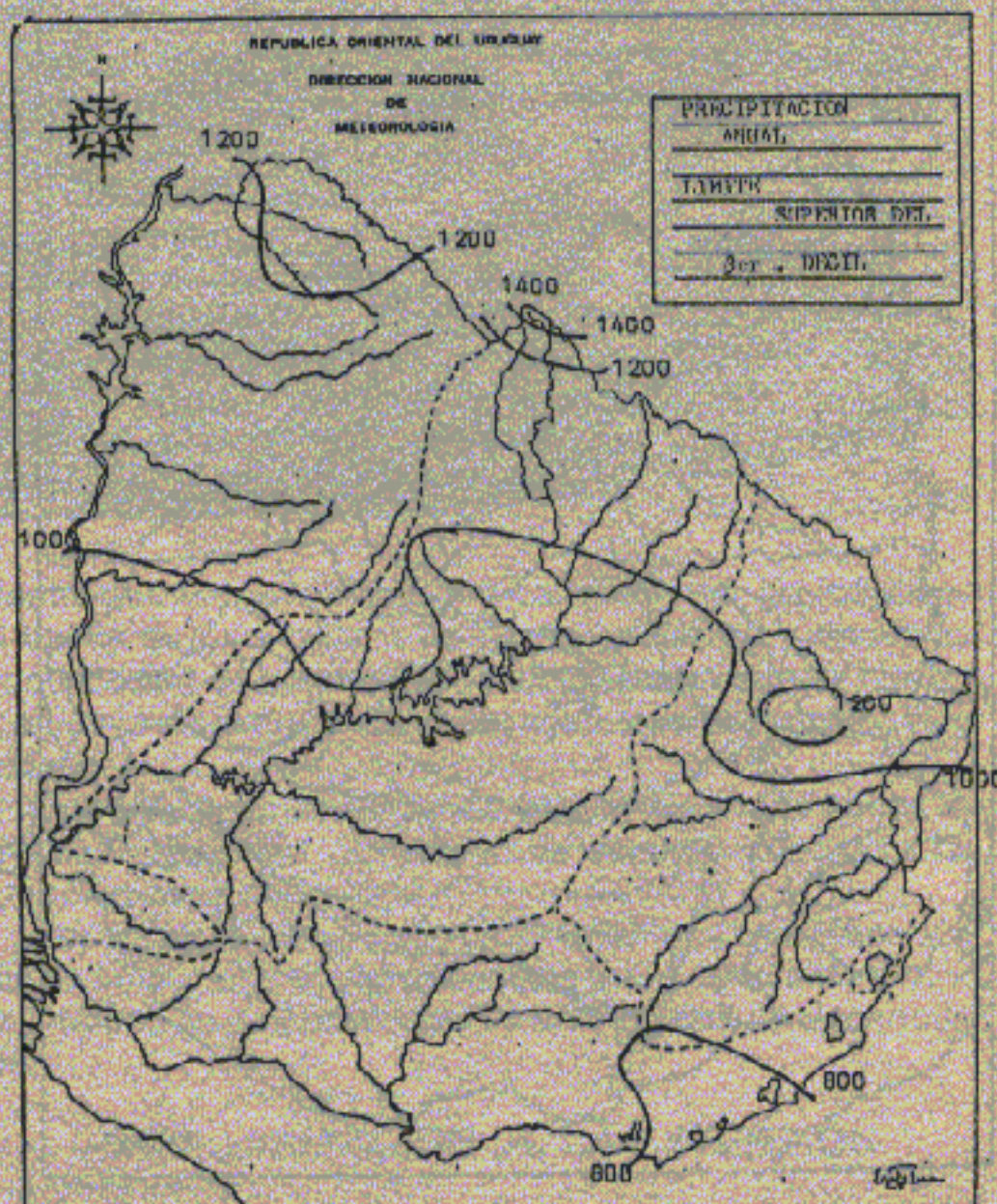
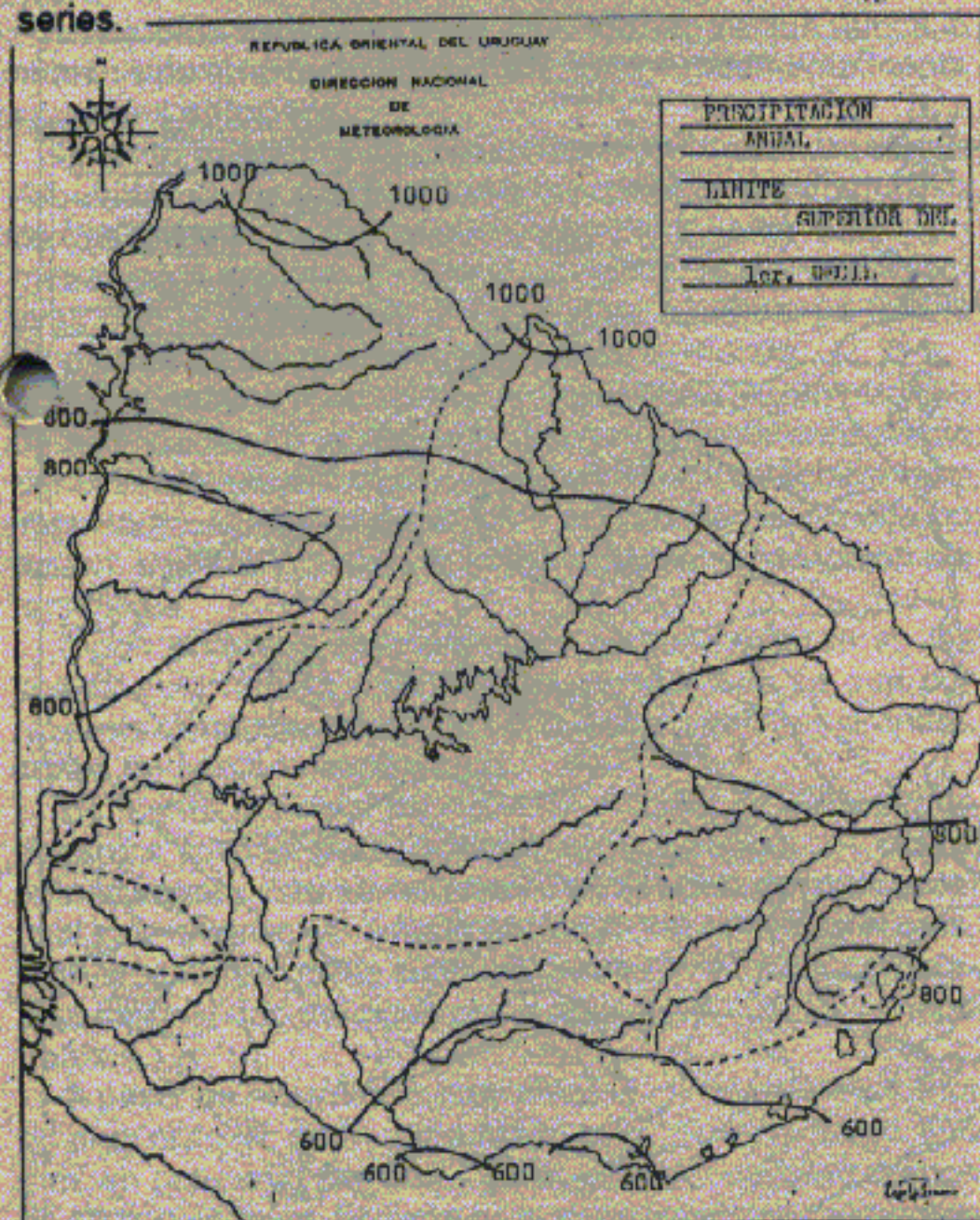
Ing. Agr. Eliseo Sequeira (M. Sc.) (1)



La información de lluvia aquí presentada fue recogida durante 30 años (1960 a 1989) por observadores pluviométricos no rentados, a la hora 07:00 a.m. diaria e ininterrumpidamente. A partir de estos valores, se ha efectuado este trabajo que debe considerarse preliminar, por cuanto las series de datos en algunos casos son incompletas.

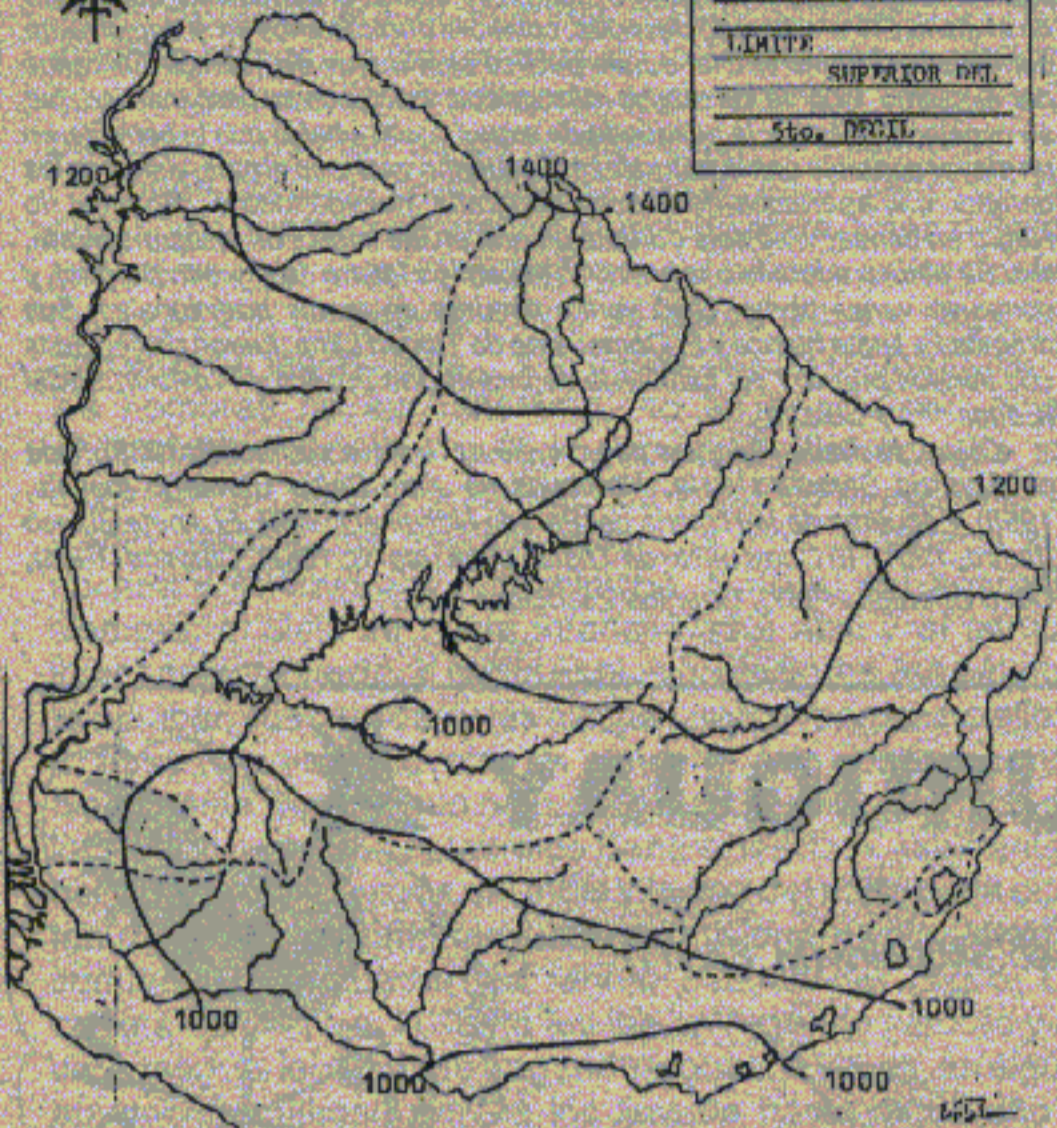
Para mantener la presentación, se han manipulado los datos originales, quedando para una etapa posterior los análisis estadísticos que permitan completar y consistir las series.

En los mapas, los datos representan los valores de «deciles», cada uno de los cuales corresponde a un décimo de los casos efectivamente registrados en el período de referencia. El valor del decil 10 representa el valor máximo registrado en el mismo período. En una aproximación práctica, se podría decir que cada decil corresponde a una probabilidad del 10% de ocurrencia. Sin embargo, del punto de vista estrictamente estadístico, aún resta un 3,2% de probabilidad de ocurrencia de un valor mayor o menor.



(1) Técnico de la Dirección Nacional de Meteorología.

PRECIPITACION
ANUAL.
LÍMITE
SUPERIOR DEL
5to. DECIL.



Como ejemplo práctico, en el primer mapa, correspondiente, al primer decil, pueden observarse dos líneas (isoyetas), una marcada con el número 800 y otra con el 1000. Ellas significan que entre 1960 y 1989, en el área ubicada entre ambas líneas, en un décimo de los años (tres años), el total anual acumulado de lluvia fue igual o menor a un valor entre 800 y 1000 mm. Cuanto más cerca el punto considerado (siempre dentro del área) a la línea de 800 mm menor será el valor (reduciéndose hacia 800 mm) mientras que hacia la línea de 1.000 mm aumenta, con un máximo de ese valor para los puntos ubicados en la misma.

Por más información dirigirse a:
Dirección Nacional de Meteorología.
Javier Barrios Amorin 1488
Casilla de Correo 64
Tel. 40 50 94 - 48 42 42
Montevideo - Uruguay

